

El prólogo de la *Revista de Andorra* n.º 9, publicada en los comienzos de la crisis económica, llevaba por título “Que no pague la cultura”. Sí, una expresión puramente retórica, pues no había vuelta de hoja. Pero era una forma llamativa de poner en evidencia lo que podía acontecer, por experiencia histórica, a una de las víctimas propiciatorias de cualquier crisis económica. Y así fue, no solo fue la cultura, sino también las becas de investigación y tantas otras cosas relacionadas con las letras, las artes y las ciencias. Y lo peor, quizás, no haya sido la falta de inversiones (y, por tanto, de producciones) en el cine, en el fomento de las artes y de la música, en la edición y en multitud de proyectos culturales que se han quedado a medias o que, simplemente, no se han realizado; lo peor ha sido, seguramente, la banalización de la cultura, el desapego generalizado de la cultura intelectual, del pensamiento reflexivo y crítico, de la investigación seria y profesional, de la información veraz y contrastada, de la argumentación. La sociedad cada vez se parece más a los programas televisivos al uso y lo que triunfa de verdad es la cultura del entretenimiento y las redes de comunicación informales para informarse de todo y de nada. Vivimos la cultura de la fiesta. No parece sino que todo esto se hubiera planificado para una época de crisis. En todo caso, no es nada nuevo en la historia: las crisis económicas, como las dictaduras y las guerras, se han acompañado siempre de una cultura ligera, de despreocupación, de distracción y de diversión para sobrevivir a los malos tragos, pero también para no pensar en los problemas y no preguntarse tampoco por su razón de ser.

Si esto es así, como a mí me parece, es lo peor que le podía pasar a la sociedad andorrana y del conjunto de la comarca en estas bajas horas de la crisis especialmente devastadora en nuestra comarca, de la que nos están diciendo a bombo y platillo que se ha superado ya, pero cuyos efectos, si es cierto que hemos salido del agujero, ni se huelen por estos lares, al menos de momento. Ojalá sea así y ese crecimiento económico que se anuncia suponga un punto de inflexión para esta comarca nuestra que languidece. A lo largo de estos últimos años, junto a la pérdida de población, se viene advirtiendo una creciente desmoralización y una palpable desmovilización sociales..., y no son buenos síntomas.

## LA ESPAÑA VACÍA

La despoblación es un problema que rebasa nuestros límites, incluso los aragoneses, y no nace ahora, sino que es un proceso histórico, que se puede remontar ya a los siglos XVI y XVII -cuando comienza el vaciamiento de la España interior hacia la periferia, hacia las costas-, aunque la gravedad de la situación actual procede del éxodo rural de mediados del siglo XX, cuando se pro-

dujo la mecanización del campo y se pusieron en marcha los planes de desarrollo industrial. Las advertencias sobre tamaño desequilibrio territorial se vienen produciendo periódicamente por lo menos desde los pasados años setenta. Sin embargo, la situación no ha hecho sino empeorar. Un informe reciente, de este julio pasado, proveniente del Centre d'Estudis Demogràfics de la Universitat de Barcelona, titulado *La sostenibilidad demográfica de la España vacía*, habla de que son 4200 los municipios españoles que tienen problemas por falta de población y, de ellos, 1840 son calificados como “espacios rurales en riesgo de despoblación irreversible”. Igualmente significativas son las cifras relativas a la densidad: según datos de 2016, un 60 % de los municipios españoles ocupan el 40 % de la superficie del territorio español, pero solo suman el 3,1 % de la población y tienen menos de 1001 habitantes. Es un problema de la España interior en su conjunto, pero quedan señaladas las zonas rurales más en peligro: las dos Castillas, Aragón y La Rioja y, más concretamente, las de las provincias de Cuenca, Guadalajara y Teruel. El informe es concluyente: “La sostenibilidad demográfica de este conjunto heterogéneo de municipios rurales pende de un hilo y plantea un reto demográfico de primer orden que debe tener en cuenta, a la hora de aplicar políticas públicas, su gran diversidad”.

Y esta conclusión viene como anillo al dedo a la hora de tratar el caso de la población de la comarca Andorra-Sierra de Arcos, donde no solo es evidente la pérdida de población de los municipios por debajo de los mil habitantes, sino también de su cabecera de comarca, que ha sido una excepción demográfica durante casi siete décadas, creciendo cuando la mayoría de los núcleos rurales perdían población, y que se había convertido de forma destacada en la tercera población provincial de más de 8000 habitantes.

En estas páginas, M.<sup>a</sup> Ángeles Tomás, en su estudio sobre “La evolución de la comarca Andorra-Sierra de Arcos (1900-2016)” nos ofrece estas desasosegantes cifras: en 1991, más o menos el momento en que iban a empezar los planes de reconversión minera, la comarca tenía 12 606 habitantes (había llegado a tener 14 096 en 1950), en 2016 ya solo tiene 10 458; Andorra, por su parte, tenía oficialmente 8680 en 1991, en 2016, 7875. En cifras absolutas, la comarca ha perdido en ese periodo de tiempo 1343 habitantes (7041 desde 1950) y Andorra, 805. Cifras de por sí elocuentes que se enfrentan ahora, por añadidura, a la espada de Damocles del anunciado cierre de la central térmica.

El futuro de Andorra a corto-medio plazo no resulta halagüeño, más bien parece el de una población de jubilados (y prejubilados todavía) con tendencia a la emigración o a la trashumancia temporal. Una sociedad que ha dado pasos de gigante en la educación

y formación profesional de su juventud, y ve cómo es eso, precisamente, lo que facilita su emigración en busca de un futuro ante la falta de perspectivas. Y tampoco cabe ya el recurso de la inmigración por esa carencia de expectativas, que no deja de ser la misma razón por la que los jóvenes no se quedan.

La singularidad del caso andorrano es, como la de casi todos los centros mineros, la de ser una población de explosivo crecimiento en un entorno agrario, que solo está preparado para sostener a unas cifras muy bajas de población con la moderna economía agraria (con todo, antes de la mecanización y de la llegada de ENCASO, Andorra, en los años treinta, apenas rebasaba los 3000 habitantes). Así que parece fácil concluir que solo una reindustrialización eficiente podría sostener las actuales cifras poblacionales. Sin embargo, las experiencias no han sido excesivamente satisfactorias, los primeros intentos (primer polígono) fueron un chasco, los posteriores trajeron algo de esperanza, pero la crisis se los llevó por delante. Hoy tan solo una empresa de propiedad multinacional ofrece interesantes cifras de empleo y visos de continuidad.

Ni que decir tiene que habrá habido en la dirección de este proceso de reconversión económica para sustituir el modelo eléctrico-minero buenas intenciones, esfuerzos personales y actuaciones correctas y positivas en sí mismas, pero lo que ha quedado o se ha desarrollado en la conciencia colectiva es la imagen del fracaso, del error continuado en los planteamientos y la planificación a largo plazo. Da la impresión de que ha faltado imaginación y análisis. Desde el CELAN hemos pretendido hacer un estudio, con destino a estas páginas, del seguimiento de todos los procesos que han intervenido en los intentos de reconversión económica y de reindustrialización. No nos ha sido factible realizarlo por la imposibilidad de acceder a toda la documentación necesaria. Documentación que se encuentra diseminada debido, sobre todo, a la dispersión de las intervenciones entre todas las administraciones participantes y a la falta de coordinación desde un organismo central. Y eso quiere decir, tristemente, que ese seguimiento tampoco se ha hecho por parte de las instancias políticas y administrativas que han intervenido en las distintas etapas.

La cesión de la ejecución y gestión de los planes a las entidades locales y los organismos territoriales o sectoriales creados al efecto por parte de las administraciones central y autonómica no parecen ahora tan buena idea. Pretender que la actuación económica autónoma de un territorio, no bien situado estratégicamente dentro de las redes comerciales y de producción, pueda tener éxito con simples incentivos locales parece un tanto ingenuo en el seno de un sistema capitalista en el que prima ante todo la búsqueda del máximo beneficio a través de la productividad y de la rentabilidad.

Y en esto, la geografía, si no es la adecuada, juega una mala pasada. El libre mercado no entiende ni de urgencias sociales ni de consideraciones de tipo moral.

Es fácil decir todo esto ahora, a toro pasado, pero, si es verdad, es bueno y necesario reconocerlo, en el caso de que todavía se piense que hay pasos que se pueden dar. Y estos posiblemente no se puedan dar sin trazar un plan de actuaciones que pretendan un modelo de desarrollo local, adecuado y duradero, que se imbrique regionalmente, desde el punto de vista económico, con el de las zonas industriales y comerciales y los centros logísticos de un amplio entorno. Y en esta planificación no deberían ausentarse ni delegar las administraciones central y autonómica. Claro que debemos ser conscientes de que ser eficaces realmente en esto significa que los gobiernos deberían implicarse decididamente en esa dirección, lo que no dejaría de ser una clara intervención del Estado en la dirección económica, algo que detesta la concepción neoliberal en ejercicio.

Francamente, a fuer de ser sinceros, a día de hoy no hay muchos visos de cambio de dirección ni motivos para la ilusión o la esperanza. Oír, como se oyó este pasado junio en el Pozo de San Juan, a los representantes de los partidos políticos que componen el arco parlamentario aragonés debatir y proponer soluciones al problema del cierre de la central resultó muy decepcionante. Si en algo estaban de acuerdo es en que se trata de un problema social de primer orden y que algo habrá que hacer y eso pasa por mantener abierta la central, de manera que su prórroga pueda significar una fase de transición con la que dar tiempo a la recomposición económica de las comarcas mineras; pero a la hora de ver las causas por las que se ha llegado a esta situación, todos los intervinientes incurrieron en un cúmulo de reproches mutuos en el que las acusaciones chocaban con la defensa cerrada de las actuaciones habidas por parte de los que habían tenido alguna responsabilidad. Ningún punto de encuentro en esta fase del debate. En cuanto a las soluciones que deben poner fin a esa transición y, por tanto, a un modelo de desarrollo consolidado, nada nuevo bajo el sol: lo poco y bastante etéreo que se dijo viene sonando en nuestros oídos desde tiempo ha. En el horno en que se convirtió el local del encuentro por las altas temperaturas, y que padecemos, no hubo ideas frescas. Ni tampoco, lo que puede ser más grave, indicios de que se pueda considerar el problema del hundimiento económico y de la despoblación subsiguiente como una cuestión central para nuestra comunidad aragonesa, en torno a la cual se pueda aglutinar una acción concertada y decidida en pos de un plan factible por el conjunto de las fuerzas políticas y los diferentes sectores sociales. La batalla por el poder y por la resituación de los partidos políticos en esta nueva etapa de la democracia espa-

ñola que vivimos puede resultar nefasta para nuestra comarca, pues el tiempo ya no corre para ella: ya será tarde cuando se quiera hacer algo, si es que algo se llega a querer hacer por ella.

## LOS REFUGIADOS Y LA REVOLUCIÓN

Juan Manuel Calvo nos recuerda en esta revista, con su trabajo “Aragoneses refugiados en Francia: abandono y muerte en el exilio”, que no hace ni ochenta años en España hubo un masivo exilio de los republicanos perdedores de la guerra civil que tuvieron que refugiarse en tierras foráneas, donde no tuvieron precisamente una vida fácil. Juan Manuel se ocupa en este caso de los aragoneses exclusivamente, pero repara en la similitud entre la dramática situación que vivieron ellos y la que viven actualmente los miles de refugiados que han tenido que huir “buscando una seguridad que les es negada en sus países de origen” y que en nuestras fronteras «son abandonados a su suerte y se les niega el derecho a obtener refugio, convirtiéndolos en un colectivo de “in-deseables”».

Este es el drama de los refugiados, uno de los problemas centrales que hoy tiene planteada la humanidad. El informe anual de ACNUR *Tendencias Globales* de 2016 denuncia que en ese año, como promedio, “20 personas por minuto se vieron obligadas a huir de sus hogares y buscar protección en otro lugar, ya sea dentro de las fronteras de su país o en otros países. Unos 10,3 millones de personas se convirtieron en nuevos desplazados por los conflictos o la persecución en 2016. Entre ellos había 6,9 millones de personas desplazadas dentro de las fronteras de sus países y 3,4 millones de nuevos refugiados. De los 65,6 millones de personas desplazadas forzosamente hasta el 31 de diciembre de 2016, 22,5 millones eran refugiados (...), 40,3 millones desplazados internos y 2,8 millones solicitantes de asilo. Además, ACNUR calcula que al menos 10 millones de personas eran apátridas a finales de 2016. Sin embargo, los datos recabados por los gobiernos y comunicados a ACNUR se limitaban a 3,2 millones de apátridas en 75 países”.

Unos números aplastantes que nos deberían hacer pensar hacia dónde vamos; pues, aunque sin duda se ha producido un aumento de la sensibilización social hacia el problema, siguen sin tener la consideración de urgencia que requieren ni alcanzan el grado de preocupación suficiente para que los gobiernos se ocupen de los refugiados como deberían en correspondencia con el derecho internacional; ni para que los gobernados exijan políticas favorables y justas destinadas a aquellos que han tenido que abandonar forzosamente sus hogares por cuestiones de guerra o por persecuciones religiosas, políticas o étnicas.

Por eso, desde el CELAN entendemos que el *boom* de los refugiados al que asistimos en la actualidad es preciso que sea conocido por todos y, en especial, por los jóvenes, que deben estar bien informados del hecho y de sus causas y educados en la solidaridad. De ahí que, en colaboración con el departamento de Historia, Geografía y Ciencias Sociales del IES Pablo Serrano de Andorra, hayamos puesto en marcha una exposición gráfica en la que se ofrece un panorama de los refugiados en la historia, pues es un problema que nace prácticamente con el ser humano. Este trabajo, ya expuesto en Andorra, seguirá su recorrido en los próximos meses por los centros educativos interesados en recibir la muestra.

En esta exposición se puede aprender que el primer documento de identificación para los apátridas (el “pasaporte Nansen”) y que el germen de lo que en 1950 fue el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) estuvieron relacionados con un trascendental hecho histórico como fue la Revolución rusa, ya que fueron la respuesta internacional para atender a los miles de refugiados que provocó la revolución.

Este año se conmemora el centenario de la Revolución rusa (1917-2017) y, como en el caso de los refugiados, en el CELAN nos pareció adecuado organizar algunas actividades para su conocimiento desde una perspectiva histórica. Fue un acontecimiento que no solo conmovió al mundo entonces, sino que ha tenido unas repercusiones en el devenir posterior tan importantes que se hace del todo imposible entender el siglo XX, y aun el mundo actual, sin recurrir a su explicación. Las charlas que organizamos en febrero tuvieron una muy buena aceptación, en buena medida gracias al saber y capacidad expositiva de los doctores en Historia invitados, Ramiro Trullén y Miguel Ángel Sanz. Queda para finales de octubre un librito, con carácter divulgativo y con intenciones de utilización didáctica que, con los profesores del anteriormente citado departamento del IES, estamos en estos momentos elaborando con destino a los alumnos del instituto y los socios del CELAN, preferentemente.

## **TAMBIÉN EN NUESTRO MENÚ**

En el terreno de la geografía, en este número de nuestra revista ofrecemos, además del artículo sobre la evolución demográfica antes citado, un estudio también poblacional de la comarca, pero en este caso a partir de los diccionarios geográficos de Bernardo Espinalt, del siglo XVIII, de Sebastián Miñano, del primer tercio del siglo XIX, y de Pascual Madoz, de mediados del mismo siglo XIX. Josefina Lerma y Juan Manuel Calvo se han encargado de estudiarlos, enmarcarlos históricamente y de reunir y

transcribir todas las entradas que corresponden a los nueve pueblos de la comarca.

Para conocer mejor nuestro patrimonio, se publican tres trabajos. Por un lado, Andrea Cantos, en colaboración con M.<sup>a</sup> Ángeles Carabal y Laura Fuster, estudian los libros de cantos (cantorales) del monasterio del Olivar y nos hablan de las tareas de catalogación y conservación y otras cuestiones como las relativas a su divulgación como bien cultural. Por otro lado, Noelia Sánchez, la archivera que empezó a ordenar el fondo ENCASO depositado en el Archivo del Museo Minero Andorra-Sierra de Arcos –en el que se recoge el importante archivo del grupo minero de Andorra de la Empresa Nacional Calvo Sotelo de Combustibles Líquidos y Lubricantes (ENCASO), donado por ENDESA (empresa sucesora de aquella y de la que queda también su archivo de zona como un segundo fondo)– se encarga de recordarnos que “el patrimonio documental se puede entender como la memoria colectiva de un pueblo trasladada de forma permanente a un soporte físico; es, por tanto, deber de todos conservar esos testimonios como legado de generaciones futuras”. Finalmente, el que suscribe, ha preparado una recopilación de las fotografías que el arqueólogo y fotógrafo Joan Cabré realizó del patrimonio artístico y documental (en buena parte desaparecido) en algunos de los pueblos de nuestra comarca con destino al *Catálogo Monumental de la provincia de Teruel* (1909-1910). Con tan buena excusa, se aprovecha la ocasión para dar a conocer la figura del ilustre personaje, natural de Calaceite.

La sección de Memorias, biografías y ensayos se la hemos dedicado a José Monzón, el factótum de la cultura en Andorra, quien acaba de jubilarse y de recibir el pasado diciembre el Premio de Cultura otorgado por el Ayuntamiento de Andorra. Sin lugar a dudas, si Andorra ha sobresalido desde la época de los primeros ayuntamientos democráticos en la gestión y vida cultural, sorprendiendo a propios y extraños, ha sido en gran parte debido a su buen hacer y estar. Como miembro fundador del CELAN y gerente de la cultura municipal, son muchas las batallas libradas junto a él en el campo de la cultura y creo que podemos enorgullecernos de que la mayoría de ellas, al menos, han resultado victoriosas. Gracias por todo, José: esas páginas reservadas para ti son mercedamente tuyas.

Posiblemente, sorprenderá la aparición del trabajo que M.<sup>a</sup> Victoria Benito y un servidor, sus autores, hemos titulado “El delito sexual en el Aragón del siglo XVIII. La Inquisición contra el andorrano Antonio Lagasca”. En él se da cuenta y se disecciona con pelos y señales el proceso que el Santo Oficio abrió contra un cantor de iglesia, natural de Andorra, por el delito de sodomía. Una manera de acercarse al conocimiento de la relación entre la fe y la sexuali-

dad en la época del Antiguo Régimen y de conocer los argumentos y procedimientos inquisitoriales.

La crónica anual de lo acontecido en la comarca y los premios del XXI Concurso Internacional de Relatos Cortos Juan Martín Sauras completan este decimosexto volumen de la *Revista de Andorra*.

**Javier Alquézar Penón**

Director de la *Revista de Andorra* y presidente del CELAN